

TOMÁS SEGOVIA

PÁGINAS DE IDA Y VUELTA

EDICIONES DEL EQUILIBRISTA

1993

ÍNDICE

ADVERTENCIA	7
ENFADO Y DESENFADO	9
Contra nosotros	9
A las cabañas bajé	13
Odiosos héroes	19
El escritor desplumado	23
Romanticismo y refrito	27
Edipo en la discoteca	31
Espejo de privados	35
Futuromamaquia	39
Submodernidad	43
Más allá del bien y del mal	47
El otro 92	51
LA MUSA Y EL NOTARIO	57
Prohibido vender	57
El autor soberano	61
¿De quién es el <i>Quijote</i> ?	65
Trocar y no tocar	69

Guía de pecadores	73
Herederos y desheredados	77
Fines y medios, fines a medias	81
Leyes angélicas	85
OCIOSIDADES	89
Metafísica de las comillas	89
Pintar y pintarse	95
Homenaje y salvamento	101
VISITA AL ARTESANO	107
Servidumbres del oficio	107
Arte y mester	111
A SIMPLE VISTA	115
En torno a Gaya	115
Ramón Gaya sin distancia	115
Ramón Gaya ejemplar	119
Poemas a Ramón Gaya	126
Pedro Serna	135
IDENTIDAD, RAZÓN Y MAGIA	139
SERVIDUMBRES DEL DESEO	167
EL CINCELADO, EL BRILLO Y LA OSCURIDAD	199
LA TRADUCCIÓN DE POESÍA, O LAS POSIBILIDADES DE LO IMPOSIBLE	213

ADVERTENCIA

Aparte de los cuatro ensayos más largos que van al final de este volumen, y de los escritos sobre pintores que he reunido con el título de “A simple vista”, casi todos los demás artículos recogidos aquí se escribieron para el difunto periódico *El Sol* de Madrid, donde aparecieron con bastante irregularidad durante los años 1990 y 1991. Todos éstos, y algunos más, se publicaron también, con más regularidad, en *La Jornada Semanal* de México.

Al ordenar en forma de libro esos artículos periodísticos, he alterado un poco el orden cronológico, simplemente para mantener juntos los textos que giran en torno a los mismos asuntos. Y a esos grupos de artículos les he puesto títulos que tal vez aclaren algo las intenciones y que por supuesto no llevaban en los periódicos. Así, los que he llamado “La musa y el notario” tenían la intención de ser una serie continua sobre un mismo tema (cosa que intento sugerir marcando menos netamente sus divisiones), pero no se publicaron seguidos, en virtud de un criterio periodístico que me declaro incapaz de comprender y según el cual no hay que darle al lector una in-

formación continua y coherente, sino dispararlo en todas direcciones, supongo que para que su atención no vaya a desarrollarse peligrosamente. En cambio, no he modificado en absoluto el texto, conservando las repeticiones y recordatorios que el estilo de la columna periodística pide a veces, pues no pretendo ocultar, todo lo contrario, el carácter presuroso y circunstancial que estos breves escritos puedan tener.

Los cuatro últimos textos son los de otras tantas conferencias, como se nota, supongo, por algunos indicios característicos. Son por eso más extensos y reposados, pero no menos fragmentarios. También el género de la conferencia impone unas limitaciones con las que siempre me he sentido incómodo. El único ensayo que emprendí, según yo, en tono efectivamente ensayístico es "Identidad, razón y magia" (publicado en México en *La Jornada Semanal*, y más tarde en España en *Claves*); pero incluso en ése me autocensuré por temor a infringir unos consejos nada autoritarios sobre la excesiva longitud. La honestidad me obliga sin embargo a añadir que ese carácter fragmentario no se debe sólo a imposiciones exteriores. Sin duda tiendo a lo fragmentario, pero ¡ay!, me temo que no bastante, y sobre todo no con la suficiente brevedad, especialmente en el periodo de mi vida en que se escribieron estos textos y en el que confieso que he carecido alarmantemente de concentración. Nada tengo contra el estilo fragmentario, que es un estilo lleno de riqueza y sugerencias y de respeto al interlocutor; de lo que me lamento es de no entregarme a él con más decisión y nitidez.

México, junio de 1992

ENFADO Y DESENFADO

Contra nosotros

Ahora que la idea de democracia (como la llamaban antes) se siente tan segura y ufana que ni siquiera teme confesarse “economía de mercado”; ahora que ya no hay que defenderla y mimarla como a una niña torvamente amenazada, callando un poco sus defectos para no complicar las cosas, pues no sólo ha crecido y engordado sino que se ha puesto algo petulante, y lejos de estar en peligro de ser echada de casa, más bien se ve que hay que vigilar a algunos para que no corran a hacerle zalemas sabe Dios con qué intenciones; ahora pues que se la puede sacar a la calle a la vista de todos, parece que sería el momento de examinar con cuidado sus verrugas y sus costuras. Y sin embargo tengo la impresión de que pocas veces en la historia se la habrá escrutado menos.

Se comprende que los que antes hacían su crítica desde fuera estén un poco azorados, cuando no están demasiado ocupados en cambiar rápidamente todas sus chaquetas; pero lo que a uno ingenuamente le interesaría más sería la crítica desde dentro, esa que supuestamente es a la vez la especiali-

dad y el deber de los intelectuales. Sólo que los intelectuales, como la historia nos ha mostrado, parecen preferir incluso la autocrítica antes que la crítica desde dentro, si es que se entiende la diferencia: la crítica del *ego* antes que la del *nos*. El egocentrismo, querido Pascal, es un juego de niños comparado con el *noscentrismo*. Ningún desaforado egoísta provocaría nunca la devastación que puede esparcir en su torno un abnegado altruista apasionado de su fe, su iglesia, su tradición o su “pueblo”.

En todo caso parece que ya es hora de empezar a hacerse preguntas, antes de que sea demasiado tarde. Preguntas serias no han de faltar: sobre el precio (concepto tan mercantil, precisamente) que van a costar las mejoras presuntas o reales; sobre el mundo que a largo plazo preparamos; sobre lo que ahora llaman más o menos antifrásicamente la “calidad de la vida” y su relación con el *valor* de la vida, y cosas así de gruesas. Yo, en este modesto artículo, me limitaré a una cuestión seguramente intrascendente, puesto que tiene que ver con esos intelectuales (*mon semblable, mon frère*) a los que acabo de aludir, y justamente tratando de criticar desde dentro.

A lo que voy pues, es a preguntarme si en la idea que se hacen los intelectuales y artistas (y muchos jueces neutrales) de sus relaciones con el Estado no hay algunos supuestos que parecen obvios y que acaso no lo sean tanto. Todo el mundo parece dar por sentado que entre las obligaciones de un gobierno como es debido (típicamente, un gobierno democrático) se cuenta la de ayudar (léase financiar) a la “creación”, o sea a la actividad artística, pensante e investigante. A mí, con

perdón, no me parece tan obvio. Todavía si se tratara de ese ideal teórico y sólo teórico que es un gobierno puramente administrador (o sea absolutamente no político), podría alegarse que tal gobierno debe administrar esa “producción”, aunque aun así cabe preguntarse si es “producción” en el mismo sentido que la otra: la producción económica, y si eso de la “pura administración” no quiere decir justamente administración económica. Pues en efecto los administrados de esa ideal administración no lo son en todo y para todo, sino en cuanto a ciertos intereses (por ejemplo no en cuanto a sus creencias, sus afectos, ni todavía, gracias a Dios, su deseo), y no está nada claro que entre esos intereses esté el que haya más poemas, más cuadros (casi todos abstractos, además), más sinfonías aunque no sean “experimentales”, más filosofía.

Eso, en un gobierno ideal. Pero todos los gobiernos reales son políticos. O sea que no sólo administran, sino que tienen el poder. Es cierto que a lo largo de los últimos siglos ese poder se ha visto limitado en el sentido de que se ha despersonalizado y desconcentrado. Pero también burocratizado, con lo cual se ha hecho más eficaz para llegar a capas cada vez más alejadas de la vida en sociedad. Antes de Napoleón la idea de que la educación de los niños incumbe al Estado hubiera parecido absurda; ahora ni se nos ocurre imaginarlo de otra manera. No se trata de negar todo lo que se ganó con eso. Pero a la vez puede uno observar que ese proceso era antes más social y ahora es más político. Ninguna autoridad oficial le dio a Platón un diploma de filósofo cargado de sellos y de firmas. Ni a Hipócrates. De acuerdo en que en nues-

tras sociedades sería una maravilla demasiado peligrosa que los médicos fueran médicos porque la gente así lo cree, sin más control, aunque ese control, tampoco lo olvidemos, puede descabezar a algún que otro Flemming. ¿Pero los filósofos?

Y ya sé que es peliagudo, que hay que tener en cuenta mil matices y condicionantes y consecuencias en cadena, y que además en la sociedad real, profundamente burocratizada, no hay más remedio que atenerse a las condiciones reales. Pero hablo sólo contra el supuesto de obvedad. La “creación”, como la llaman, ha tenido siempre autonomía, si no total, mayor que cualquier otra cosa. Si el Estado la ayuda y la financia, entra en la política del Estado. Es una manera de reservarse el derecho a darnos o negarnos un sello de “creadores” en el que por fortuna pocos creen todavía. Pero más nos vale no fomentar esa creencia.